

Carta a Willy Arthur

¿Por qué hemos de escribir solamente a quienes pueden contestarnos? Es una forma muy interesada de escribir cartas. Y las cartas (no me refiero en ningún caso a los faxes) nunca se caracterizaron por eso. Tampoco, y menos aún, me refiero a las cartas comerciales, institucionales, a las que sirven para recolectar fondos.

Soy de quienes se obstinan en creer en la intimidad inmortal de una carta. En su secreta persuasión y capacidad de sobrevivir al tiempo. Para abreviar, les cuento que soy coleccionista de ese extraño género "en vías de desaparecer", según el pensamiento de algunos.

Cada cierto tiempo, me otorgo el silencioso placer de abrir mis archivos epistolares, y entonces, los papeles guardados lejos del sol se convierten en personas que vuelven a sonreír, a conversar.

Qué bien se hace en guardarlas. El único desdén verdadero es leerlas una vez y después, lanzarlas al canasto de los papeles. Como si no encerraran calor y concordancia con lo que somos. Soy o quiero ser tan objetiva, que ni siquiera me estoy refiriendo a las cartas de amor. Ese sería un tema muy aparte. Es por eso que titulé esta crónica un poco nostálgica (al fin, estamos en la pensativa estación del invierno) con el nombre de Willy Arthur. Y ello, porque es bueno, es inmejorable, no sólo no olvidar, sino hacer presente en la memoria de otros a ciertos seres, que por una luminosa y espontánea razón de su temperamento supieron darnos alegría. Se dice que los chilenos somos tristes, que estamos cada vez más tristes. Hagamos un esfuerzo. Hablemos de quienes, al vivir, al asomarse en un libro, en un programa de televisión, en una reunión social, en alguna carrera del Club Hípico o en el mundo profesional de las relaciones públicas (como Willy) supieron ser, fugazmente, nuestros amigos, acaso nuestros ángeles buenos, sin proponérselo. No fueron multitud, pero algo suyo quedó en nosotros y algo suyo, también, siguió haciéndonos falta. Aunque fuera por la ventanilla del tren cibernético de la televisión.

No tengo a mano la entrevista que te hice en "El Mercurio" de Valparaíso. Pero sí la foto que nos tomamos en el muelle Prat, con la "Esmeralda" detrás.

El marco náutico, por cierto, lo eligió él. Y allí estamos. El fabuloso Willy del programa "Tertulia", el que siempre tuvo gracia para hablarnos del Niñito Jesús de Praga como si hubiera sido sobrino suyo. Alto, sonriente, nos rodea con su brazo protector. Yo me enfundo en un poncho. Fiza invierno, como ahora. Unos pasos más allá, la sede del Bote Salvavidas. Con sus voluntarios que ya preparan hoy sus arcos marinos, trofeos en la sala principal, timones relucientes, fotografías de barcos salvados (o no) de los naufragios, las medallas y diplomas recibidos en una entrega ya larga al puerto tempestuoso, desde que ese osado



Escribe Sara Vial

lobo de mar, el capitán Christiansen, los fundara, con su estampa mítica.

Nuestro amigo Willy estaba tan feliz aquella mañana plomiza en que se filmaba, por primera vez "en terreno", el programa conversacional, con Germán Becker, Domingo Durán y José Luis Rosasco, dentro del corazón más marinero que pudiera elegirse. El del bote legendario.

Era como echarse a navegar sin viento, pero plenos de amor al mar, en un velero sin velas, bajo el chillido de las gaviotas, que se posaban en el techo o volaban hasta perderse en la bruma.

¡Verbalísimo Willy! Te habías puesto una chaqueta azul marina con botones dorados y estoy segura de que navegabas como nadie, más lejos que nadie, mientras las anécdotas, los cuentos, las asociaciones de aventuras del mar brotaban de tu imaginación y nos hacían reír por tu absoluto sentido del humor, ese que no piensa siquiera que hay una palabra a la que los chilenos le tienen horror y que se llama "ridículo". Hacer el ridículo. ¿Por qué? ¿Para qué? Caballeroso y sereno, no le quitabas la palabra a nadie. Viejo programa del que hablo, desaparecido como si jamás se hubiera visto. "No importa que sólo se vea en Valparaíso", argumentabas. "Nos entretenemos tanto". La risa de esos cuatro señores solía ser tan contagiosa, que verlo era como tomar una Cafiaspirina, esas que dicen en su rótulo que "además de quitar el dolor de cabeza, levantan el ánimo". Fue un programa exitoso en su tiempo, tal como Willy Arthur fue uno de esos personajes popularísimos, queridos por sus amigos y creo que hasta por sus enemigos, en el caso de que los haya tenido. No lo creo.

Recencontrar unas amables cartas tuyas, fotos en que posa como un Melvyn Douglas, más distinguido todavía, es echar de menos algo, algo en que no voy a entrar en detalles porque no creo que el hecho de haberse muerto lo haya borrado de la visión de quienes lo conocieron. Una noche comimos con él y con su esposa, Gloria Errázuriz, en los comedores elegantes del hoy pavoroso Miramar. Tenía el aire de un capitán de buque capaz de soltar amarras en cualquier momento. El buque. No él. El mar nos rodeaba con espesor de su obscuridad y de esas enormes olas blancas de los inviernos viamarinos. Pero ya se nos borra de la memoria resignada la forma en que el foco del hotel iluminaba el fragoroso juego de las olas, con su cuello de nieve. ¡Los libros de Willy Arthur! Conservo los tres que publicó y que me dedicó con su letra generosa.

"Desde la trastienda" (comenta en su breve auto-prólogo) "es un libro que tampoco quedó exento del humor y del absurdo que siempre he buscado y encontrado en la vida".

Y eso que se trata de un memorial de sus recuerdos políticos. Pero hasta lo político parecía rendirse a la simpatía que emanaba de ese hombre lleno de bonho-

mía y gracia verdadera, "livianura de sangre", como decimos en nuestro pueblo.

Willy, me preguntan por qué escribo de ti. Y esa pregunta, "por qué se escribe", es algo que nadie ha contestado propiamente todavía. Escribo de ti, porque en medio de la vulgaridad y el aburrimiento que parece rodearnos nos ha hecho falta, repentinamente, tu alegría, tu capacidad de abrirte a los demás a través de tus trabajos, tus amistades y eso que llamas "el humor y el absurdo".

Tal vez porque, además, sería tan amena una crónica, un cuento tuyo, en momentos en que, sagitariano como eras (la flecha apuntando al aire desde el airoso centauro), sería capaz de atravesar la cara mal agestada de la muerte y devolvernos tu risa, reflejada en la suya.

¡Hasta ella ha de haber cedido a la hilaridad con tus relatos inverosímiles y tu arte natural para contarlos.

Publicabas tus recuerdos, amabas el pasado como a una novia, en este diario *La Segunda*, en la revista *Qué Pasa*. Y debutaste en el programa "Trasnochando". La TV te daba la posibilidad de cumplir un viejo sueño: ser actor. Tu confianza en la vida, en los seres humanos, te daba ánimos para saber que no servías para eso, pero nada te amilanaba. "No tengo pronunciación", decías alegremente. Pero era imposible no escucharte. "A veces nos equivocamos" se llama el libro que escribiste con tus crónicas de este diario. El Santiago del Crillón, del tranvía número 16, aparece incólume. Te encantaban hasta los vendedores ambulantes, las Fiestas Patrias en Viña del Mar, el Valparaíso mágico: "A veces pienso que es un puerto inexistente, que todo lo suyo es irreal. Marineros y duendes. Bohemios y fantasmas. Es tan recia su personalidad que hasta las bacinicas, esos artefactos con fines tan prosaicos, se convierten en floreros. Y puestos en los balcones de las casas de los cerros, transmiten olor a jacinto y jazmín".

Te veo sentado en el "Torres", en una silla de Viena. Filosofando acerca de la vida con una sencillez que algunos tomarían por ingenuidad, pero que expresabas con el mayor desplante. "No se advierte cuando los años colocan nostalgia en el corazón de la gente", decía. Y acertabas más de lo que parecía. ¿Serías un poeta disfrazado?

Te veo en el Más Allá, entre tu institutriz irlandesa y el Niñito Jesús de Praga, mirando hacia abajo todavía curioso de lo que aquí ocurre.

El propio Roque Esteban Scarpa te hizo un largo prólogo en tu tercer libro, "Recuerdos desordenados". Publicado el año 79. Escribiste que es un libro "sorprendente". Cómo sonreírás allá arriba, releýendolo de memoria, sobre todo el capítulo que se refiere a tu deseo de ser diputado. Te imagino de Presidente, con la juventud eterna de Dorian Gray, pero sin su maldad. ¡Qué bien lo habríamos pasado, aunque a lo mejor tuviste un defecto: tu excesiva bondad, aparejada a tu frescura personal que nos habría persuadido a no tomar nada excesivamente en serio, empezando por tu banda presidencial!

Carta a Willy Arthur [artículo] Sara Vial

Libros y documentos

AUTORÍA

Vial, Sara, 1927-2016

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Carta a Willy Arthur [artículo] Sara Vial. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile